

DIÁLOGO DEL ÁRBOL

Paul Valéry

Traducción de Gabriel Astey

Nota del traductor

Existe, hasta donde sé, al menos una versión castellana previa del texto que se presenta a continuación (Paul Valéry, *Diálogo del árbol*, trad. Rafael Pérez Delgado, Luz, Madrid, 1949). Como no he podido disponer de ella y como quizás ingenuamente confío en que mi incapacidad de conseguirla obedece a su escasez actual en librerías y bibliotecas, espero que la presente versión no resulte nula frente a los méritos de aquella, y dé acceso al lector a un texto, a mi juicio, particularmente atractivo. La presente traducción se basa en el texto establecido por Jean Hytier en la siguiente edición: Paul Valéry, *Oeuvres II*, Gallimard, Paris, 1960, pp. 177-194; y pretendo respetar, hasta los límites permitidos por la gramática castellana, la peculiar sintaxis de Valéry. En cuanto al vocabulario del texto, me he empeñado en ser literal, aun en los casos en que ciertas palabras clave ("fábula", por ejemplo) podrían haberse vertido según una formulación menos confusa, aunque más limitada en resonancias semánticas: creo que los contextos en que aparecen tales términos dan una orientación sobre la forma de entenderlos. He respetado también el no menos peculiar uso de las grafías a lo largo del texto.

LUCRECIO: ¿Qué haces ahí, Títiro, amante de la sombra, cómodamente bajo esa haya, perdiendo tus miradas en el oro del aire tejido de hojas?

TÍTIRO: Vivo. Espero. Mi flauta está pronta entre mis dedos y me parezco a esta hora admirable. Quiero ser instrumento del favor general de las cosas. Abandono en tierra todo el peso de mi cuerpo: mis ojos viven allá arriba, en la masa palpitante de la luz. Ve cómo el ÁRBOL parece gozar por encima de nosotros del divino ardor del que me abriga: su ser pleno de deseo, que es ciertamente de esencia femenina, me pide cantar su nombre y dar figura musical a la brisa que lo penetra y lo atormenta dulcemente. Espero a mi alma. Esperar tiene un gran valor, Lucrecio. Sentiré llegar el acto puro de mis labios y todo lo que ignoro aún de mí mismo cautivado por la Haya va a estremecerse. Oh, Lucrecio, ¿no es un milagro que un pastor, un hombre que ha olvidado su rebaño, pueda dirigir a los cielos la forma fugitiva y como la idea desnuda del Árbol y del instante?

LUCRECIO: No es, Títiro, no es milagro ni prodigio que el espíritu, si lo quiere, pueda reducirse en su propio enigma ingenuo... Yo, pienso tu árbol y lo poseo a mi manera.

TÍTIRO: Pero tú, tú profesas comprender las cosas: tú sueñas saber sobre esta haya mucho más de lo que podría saber ella misma, si tuviera un pensamiento que la indujera a creer captarse... Yo, no quiero saber sino mis momentos felices. Mi alma hoy se hace árbol. Ayer, la sentí fuente. ¿Mañana?... ¿Me elevaré con el humo de un altar o me sostendré por encima de las planicies, en lo alto, con el sentimiento de potencia del buitre sobre sus lentas alas?

¿Lo sé?

LUCRECIO: No eres sino metamorfosis, Títiro...

TÍTIRO: De ti hay que decirlo. Te dejo la profundidad. Pero, puesto que esta masa de sombra te atrae como una isla de frescor en mitad del fuego de este día, detente y coge el instante. Compartamos este bien y hagamos entre nosotros el intercambio de tu conocimiento de este Árbol por el amor y la alabanza que me inspira... Te amo, Árbol vasto, y estoy loco por tus miembros. No hay flor, no hay hembra,



gran Ser con brazos multiplicados que más que tú me emocio y de mi corazón desprenda un furor más tierno... Lo sabes bien, Árbol mío, que desde el alba te vengo a besar: beso con mis labios la corteza amarga y lisa y me siento hijo de nuestra misma tierra. En la más baja de tus ramas cuelgo mi cinturón y mi saco. De tus sombras espesas, un gran pájaro frecuentemente emprende el vuelo con ruido y huye de entre tus hojas, asustado de asustarme. Pero la ardilla sin miedo baja y se apresura hacia mí: viene a reconocermme. Tiernamente nace la aurora y toda cosa se declara. Cada una dice su nombre, pues el fuego del día nuevo las despierta a su turno. El viento naciente suena en tu alto ramaje. Coloca ahí una fuente y escucho el aire vivo. Pero es a ti a quien oigo. ¡Oh lenguaje confuso, lenguaje que te agitas, quiero fundir todas tus voces! Cien mil hojas mudas hacen eso que el soñador murmura a las potencias del sueño. Te respondo, Árbol mío, te hablo y te digo mis pensamientos secretos. Toda mi verdad, todas mis plegarias rústicas: conoces todo de mí y los tormentos ingenuos de la más simple vida, la más cercana a ti. Miro alrededor si estamos bien solos y te confieso lo que soy. Ora confieso odiar a Galatea; ora, por un recuerdo que me hace delirar, te tomo por su ser y ocurre un arrebato que

quiere locamente fingir y unir y tomar y morder otra cosa que un sueño: una cosa que vive... Pero, otras veces, te hago dios. Ídolo que eres, oh Haya, te imploro. ¿Por qué no? Hay tantos dioses en nuestros campos. Los hay tan viles. Pero tú, cuando se apacigua el viento y la majestad del Sol en calma, abrumador, ilumina todo lo que hay en la extensión, tú, tú llevas sobre tus miembros divergentes, sobre tus hojas innumerables, el peso ardiente del misterio del mediodía; y el tiempo enteramente dormido en ti no dura sino por el irritante rumor de la multitud de insectos... Entonces me pareces una especie de templo, y no tengo pena ni alegría que no dedique a tu sublime simplicidad. **LUCRECIO:** ¡Oh virtuosidad! Te estremeces de maravilla. Te escucho y te admiro...

TÍTIRO: No, tú no lo sabes. Sonríes de mi Árbol y piensas en el tuyo. Mi flauta no es para ti sino un juguete de la brisa, cuando la brisa se presta a los labios de un mortal: ella ondula el instante, divierte al oído. Pero para el alma potente y profunda, ¿qué es ella? Es apenas algo más que

un perfume sospechado. Mi voz no sigue sino a una sombra de pensamiento. Pero para ti, gran Lucrecio, y para tu secreta sed, ¿qué es la palabra, una vez que canta? Ella pierde ahí el poder de perseguir lo verdadero... Sí, sé lo que vale lo que me enseña el Árbol. Me dice lo que quiere que yo quiera sentir. Cambio lo que amo en delicias segundas y abandono en el aire lo que me viene de los cielos. Nada más, nada menos... Bien, no espero que mi placer agote a otra cosa que a mí, simple como soy. Pero tú, la frente cargada de sombras que formas, en la esperanza de un destello que golpearía a los dioses, tú te vuelves todo espíritu, y, próximos a la luz, tus ojos buscan en ti el ser de lo que es. Lo que aparece a la luz no es nada para tu razón, y lo que al viento ligero nuestro árbol balbucea, el dulce estremecimiento de la cima florida, la amplia hesitación de todo el ramaje y toda su multitud alada piando sin recelo, ¿qué te importa? Tú quieres la naturaleza de las cosas.

LUCRECIO: Este gran Árbol para ti no es sino tu fantasía. Crees amarlo, Títiro, y no haces otra cosa que ver en él tu capricho encantador que revistes de hojas. No amas sino a tu himno y me gustas así. En la Haya solemne encuentras asunto para cantar: los remolinos de su forma y sus pájaros sonoros,

su sombra que te acoge en el corazón quemante del día, y, todo favorecido por las musas, celebras con tu frágil caña los encantos del gigante.

TÍTIRO: Y bien, ¡canta tú mismo y díctale a la naturaleza, a la tierra, a los toros, a las rocas, al mar; da leyes a la onda y formas a las flores! Piensa por el universo, monstruo privado de cabeza que busca en el hombre un sueño de razón; pero no desdeñes al simple que te escucha. Ábrele los tesoros de las tinieblas de lo verdadero. ¿Qué sabes tú de esta haya? ¿Un poco más que nosotros?

LUCRECIO: Primero mira bien estas fuerzas brutas, la madera potente de estos miembros tendidos: la vida ha hecho esta materia plena, apta para aguantar el peso del cierzo y mantenerse firme al paso de las trombas; el agua de la tierra espesa y maternal, durante años profundamente extraída, produce ahora esta sustancia dura...

TÍTIRO: Dura como la piedra, y tan cincelable como ésta. **LUCRECIO:** Acabada en ramas que acaban en hojas, y los frutos por fin, huyendo a todas partes, dispersarán la vida...



TÍTIRO: Veo lo que dices.

LUCRECIO: Ve, pues, en este gran ser una especie de río.

TÍTIRO: ¿Un río?

LUCRECIO: Un río todo viviente cuyas fuentes surgen en la masa oscura de la tierra los caminos de su sed misteriosa. Es una hidra, Títiro, en disputa con la roca, que crece y se divide para estrecharla; que, cada vez más fina, mojada por lo húmedo, se desmelenan para beber la menor presencia del agua que impregna la noche masiva donde se disuelven todas las cosas que vivieron. No hay bestia horrorosa marina más ávida y múltiple que esta espesura de raíces, ciegamente ciertas del avance hacia la profundidad y los humores de la tierra. Pero este avance procede, irresistible, con una lentitud que lo vuelve implacable como el tiempo. En el imperio de los muertos, los topos y los gusanos, la obra del árbol inserta las potencias de una extraña voluntad subterránea.

TÍTIRO: ¡Qué maravillas me cuentas, oh Lucrecio!... ¿Pero te diré en qué pienso al escucharte? Tu árbol insidioso, que en la sombra insinúa su vivaz sustancia en mil filamentos, y que extrae el jugo de la tierra durmiente, me recuerda...

LUCRECIO: Dilo.

TÍTIRO: Me recuerda el amor.

LUCRECIO: ¿Por qué no? En tu entendimiento, en tu alma de pastor, lo que digo penetra y halla su eco. Mi palabra, Títiro, ha, pues, tocado ese punto, ese nudo profundo del ser, donde la unidad reside y de donde resplandece en nosotros, esclareciendo el universo de un mismo pensamiento, todo el tesoro secreto de sus similitudes...

TÍTIRO: No sé... Tu propósito me es oscuro, oh Lucrecio.

LUCRECIO: Yo me entiendo. Es suficiente. Habla, pues, a tu gusto, y de amor, si quieres. Pero canta cuanto antes esta metamorfosis... ¿Cómo, en tu espíritu, una planta que crece te hace pensar en el amor, esa necesidad de placer?

TÍTIRO: ¿Placer? El amor no es de tan simple sustancia.

LUCRECIO: ¿Qué quieres que él sea, mejor que universal instinto? No es más que un agujijón forjado por el destino.

TÍTIRO: ¡Aguijón!... ¡Y dices que mi alma es de pastor! ¡Aguijón!... ¡Lo conviertes en el dardo de un boyero! El amor que concibes no es sino el de los cabrios y los animales del bosque. Estos brutos, por arrebato, ebrios de su semilla, buscan violentamente, en su cálida estación, liberar su carne de esta ponzoña viva. Aman sin amor en el azar de los encuentros. Lo sé bien, pastor que se mezcla

en eso ocasionalmente y une a su gusto al macho y a la hembra cuando quiere tener cabritos de su elección.

LUCRECIO: Y he aquí al destino atravesado por Títiro... Metes las manos en la sombra donde la suerte anda a tientas... Haces trampa...

TÍTIRO: ¿No es en los asuntos de los humanos donde todo el espíritu que tienen atormenta la naturaleza, trastorna su vida y quiere engañar a la muerte?

LUCRECIO: No vayas a extraviarte bajo mis emparrados abstractos. Déjame el aforismo y los razonamientos. Espero al árbol y al amor que te place añadirle. Cántame, si quieres, cosas de tu cosecha. Si bien a tus canciones mi oreja se entrega, temo no tener gusto para tu filosofía.

TÍTIRO: Escucha pues. He aquí lo que me llega:

AMOR no es nada que no crezca al extremo:

crecer es su ley; muere de ser el mismo,
y muere en quien no muere por amor.

Vivo por una sed siempre insaciada,
árbol del alma con raíces de carne
que vive de vivir lo más vivo de la vida,
vive de todo, de lo dulce y lo amargo,

y de lo cruel, aun mejor que de lo tierno.

Gran Árbol Amor que no cesas de oír
en mi debilidad un extraño vigor

¡mil momentos que se guarda el corazón
te son follaje y flechas de luz!

Y no obstante que al sol de la felicidad
en el oro del día se expande tu jubilo,

tu misma sed, que gana en hondura,

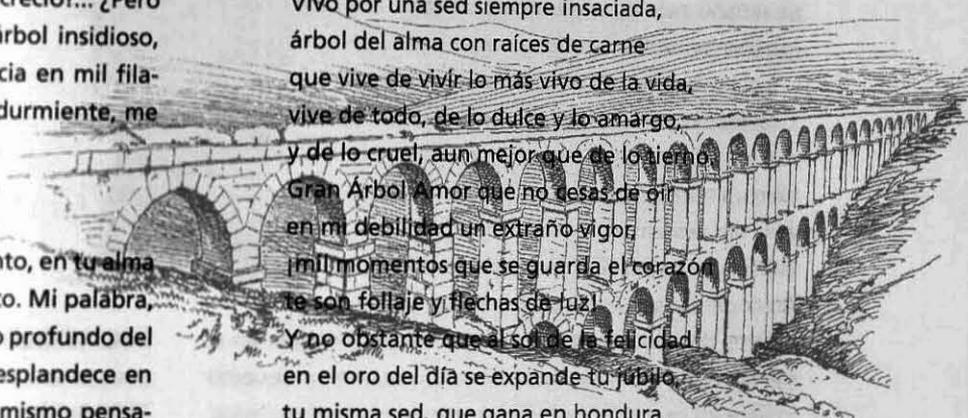
mana en la sombra, de la fuente del llanto...

LUCRECIO: Esos no son versos. Eso tiene algo de enigma.

TÍTIRO: Improvisé. No es sino un primer tiempo de un poema futuro. Lo que dijiste hace poco respecto a este árbol me ha hecho pensar. Amor. El Árbol y el Amor, los dos, pueden en nuestros espíritus unirse en una idea. El uno y el otro son cosa que, nacida de un germen imperceptible, se agranda y fortalece, y se despliega y ramifica; pero tanto como se eleva al cielo (o hacia la felicidad), tanto así debe descender en la oscura sustancia de lo que somos sin saberlo.

LUCRECIO: ¿Nuestra tierra?...

TÍTIRO: Sí... Y es ahí, en el seno mismo de las tinieblas en las que se funden y confunden lo que es de nuestra especie y lo que es de nuestra materia viva, y lo que es de nuestros recuerdos y de nuestras fuerzas y debilidades es-



condidas, y, en fin, lo que es el sentimiento de no haber sido jamás y de deber cesar de ser, que se encuentra lo que he nombrado la fuente de las lágrimas: LO INEFABLE. Pues nuestras lágrimas, en mi opinión, son la expresión de nuestra impotencia para expresar, es decir, para des-hacernos por la palabra de la opresión de lo que somos...

LUCRECIO: Vas lejos para ser pastor. ¿Lloras, pues, siempre?

TÍTIRO: Puedo llorar siempre. Y, pastor como soy, he observado que no hay pensamiento que, perseguido hasta lo más cerca del alma, no nos conduzca a los límites privados de palabras, esos bordes mudos donde subsisten solas la piedad, la ternura y la especie de amargura que nos inspira esa mezcla de eterno, fortuito y efímero: nuestra suerte.

LUCRECIO: ¿Y es, pues, eso en lo que meditas cuando pasas las noches del verano velando tu rebaño que duerme, mientras toda una majada de astros, hostigada aquí y allá, sobre el horizonte, por el silencioso destello, o atravesada por el vuelo imprevisto de meteoros, parece pastar el tiempo y, como paso a paso un rebaño paca su camino, pacer el porvenir sin descanso?

TÍTIRO: ¿Qué hacer? A esa hora nocturna, el Árbol parece pensar. Es un ser de sombra. Los pájaros dormidos lo dejan único viviente. Tiembla en sí mismo: se diría que se habla. El miedo habita en él, como lo hace en nosotros, cuando estamos por completo solos, en la noche, con nosotros mismos y todo a merced de nuestra verdad.

LUCRECIO: Es cierto, no tenemos qué temer sino a nosotros mismos. Los dioses y los destinos no pueden nada sobre nosotros excepto por la traición de nuestras fibras sensibles. Sobre el alma inferior reinan laxamente; su poder no es acto de la Sabiduría; pero la divinidad encuentra en cuerpos débiles, como supremo argumento, la tortura del sabio.

TÍTIRO: ¿Pero no es el fuego el fin mismo del Árbol? Cuando su ser deviene todo atroz dolor, se tuerce; pero se hace luz y ceniza pura, antes que pudrirse, minado por el agua estancada, roído por el gusano...

LUCRECIO: ¡Títiro, entre los males, escoge, si lo puedes hacer! Más vale no pensar en eso. ¿Qué hay más inútil? Puesto que son, cuando son, bastante claros por sí mis-

mos... Pero si yo fuera para ti el compañero de las noches, invisibles los dos en la sombra al pie del Árbol, reducidos a nuestras dos voces, reducidos a un solo ser al que aplasta igualmente el fardo de tantos astros, te diría, te cantaría lo que me canta y dice y me impone en el alma mi contemplación de la Idea de la Planta.

TÍTIRO: Te escucharía religiosamente en la noche; perdería el sentimiento de mi ignorancia; no comprendería todo lo que dijeras, pero lo amaría de tal modo, con un deseo tan grande de que aquello fuera la verdad, con un encantamiento del espíritu tan grande, que no puedo concebir felicidad más segura, momentos más incorruptibles...

LUCRECIO: El ser que se maravilla es bello como una flor.

TÍTIRO: Discúlpame: no he podido dejar de interrumpirte mientras hablabas de esta Idea de la Planta...

LUCRECIO: ¿No ves que cada planta es obra, y no sabes que no hay obra sin idea?

TÍTIRO: Pero no veo autor.

LUCRECIO: El autor no es sino un detalle casi inútil.

TÍTIRO: Me confundes... ¡Tomas a Títiro por un juguete!... Pero soy animal racional y sé como tú que todo requiere su causa. Todo lo que es, fue hecho; todo supone a alguien, hombre o divinidad, una causa, un deseo, una potencia en acto.

LUCRECIO: ¿Estás bien seguro de que nada puede ser por sí sin causa, sin razón, sin fin que lo preceda?

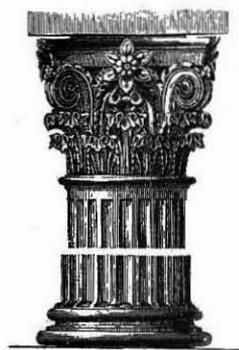
TÍTIRO: Bien seguro.

LUCRECIO: ¿Sueñas de vez en cuando?

TÍTIRO: Antes de todas las albas.

LUCRECIO: Como sobre el granito de la ilustre estatua actúa la luz naciente que lo hace resonar, así Memnón, Títiro, en la aurora improvisa en él solo, por sí solo, cuentos maravillosos... ¿Pero tus sueños, Títiro, son de algún valor? ¿Valen al despertar por haber sido soñados?

TÍTIRO: Los hay tan bellos... ¡Los hay tan verdaderos!... Los hay divinos... Y otros completamente siniestros... Tan extraños, a veces, que los creo formados por algún otro durmiente, como si, en la noche, se equivocaran de ausente y de alma sin defensa... Los hay crueles por haber sido demasiado dulces: tal felicidad se desgarró en el momento en que me colma, y me abandona al punto sobre la orilla de lo verdadero... Toda mi carne aún está vibrante de amor, pero el espíritu se rehúsa y



friamente contempla la palpitación muriente de su cuerpo... Del reptil partido, los dos trozos se retuercen...

LUCRECIO: Así, tú no eres, pues, sino un espectador obligado a soportar el espectáculo. Pero quién, dime, quién, pues, es el autor de ese drama.

TÍTIRO: El autor... No sé. No encuentro a nadie.

LUCRECIO: ¿Tú?

TÍTIRO: Seguramente yo no, pues esos juegos del sueño no pueden formarse si yo no soy excluido de sus arreglos: sin los cuales, nada de terrores, de sorpresa o de encantos.

LUCRECIO: No hay, pues, autor de tales. Lo ves bien, Títiro, una obra sin autor no es, entonces, imposible. Ningún poeta ordenó para ti esos fantasmas y tú jamás habrías saca-

do de ti esas delicias ni esos abismos de tus sueños... Ningún autor... Se trata, pues, de cosas que se forman ellas mismas, sin causa, y se labran su destino... Por eso rechazo, de las necesidades infantiles del espíritu de los mortales, la lógica ingenua que quiere encontrar en todo un artista y su fin, bien distintos de la obra. El Hombre, ingenuo delante de toda cosa que vea, sobre la tierra o en los cielos, astros, animales, estaciones, apariencias de reglas, semblantes de prevención feliz o de armonía, pregunta: ¿Quién hizo esto? ¿Quién lo ha querido? Y cree que debe comparar todo con esos peculiares objetos que surgen de nuestras manos: nuestros vasos, nuestros útiles, nuestras moradas, nuestras armas, con todos esos compuestos de materia y espíritu que nuestras necesidades dan a luz.

TÍTIRO: ¿Pero tú, piensas tú captar mejor la naturaleza de las cosas?

LUCRECIO: Intento imitar el modo indivisible... Oh Títiro, creo que en nuestra sustancia se encuentra a poca profundidad la misma potencia que produce, asimismo, toda vida. Todo lo que nace en el alma es la naturaleza misma...

TÍTIRO: ¿Qué? ¿Todo lo que llega a nosotros sería esencial?

LUCRECIO: No todo lo que nos llega, más bien ese llegar mismo. Te lo digo, Títiro, entre todo lo que vive existe un vínculo secreto, una similitud, que engendra tanto el odio como el amor. El semejante acaricia o devora a un seme-

jante. Sea que coma al cordero, sea que cubra a la loba, el lobo no puede sino hacer o actuar como lobo.

TÍTIRO: ¿Pero tú? ¿Podrías tú hacer o actuar como Árbol?

LUCRECIO: Te he dicho que siento nacer y crecer en mí una virtud de Planta, y sé confundirme en la sed de existir del germen que se esfuerza y que avanza hacia un número infinito de otros gérmenes a través de toda una vida de planta...

TÍTIRO: Permite que te detenga... Una pregunta me llega.

LUCRECIO: Lo que iba a decirte (quizá a cantarte) hubiera, pienso, desecado la fuente de palabras que surgía de repente del fondo de tu espíritu. ¡Pero habla!... Si yo te pidiera esperar te escucharías interiormente tú mismo, con complacencia, en lugar de escucharme.

TÍTIRO: Sí, ¿no crees, oh sabio que eres, que nuestro conocimiento de cualquier cosa es imperfecto si se reduce a la noción exacta de esa cosa, si se limita a la verdad, y, habiendo llegado a cambiar la visión ingenua en idea nítida y en puro resultado de estudios, de experiencias y de todas las observaciones de forma que eliminan el error o la ilusión, se atiene a esta perfección?

LUCRECIO: ¿Qué más necesitas que lo que es? ¿Y lo verdadero no es acaso la frontera natural de la inteligencia?

TÍTIRO: Estoy cierto, en cuanto a mí, de que la realidad, siempre infinitamente más rica que lo verdadero, engloba acerca de todo asunto y en toda materia la cantidad de equivocaciones, de mitos, de cuentos y de creencias pueriles que necesariamente produce el espíritu de los hombres.

LUCRECIO: ¿Y tú no ves, entonces, que esta mala hierba sea quemada por los sabios y exhale un olor agradable para Minerva?

TÍTIRO: Y que si la trasplantas y la cultivas bien, por separado, deja de ser mala: se le puede encontrar cualquier uso. Pero he aquí mi propuesta de simple y de ignorante. Una vez que se tiene sólidamente lo verdadero, y que no se teme que pueda perderse en vanos caprichos, la sabiduría debería regresar sobre sus pasos, retomar y recoger como cosas humanas todo lo que fue creado, forjado, pensado, soñado y creído, todos esos prodigiosos productos del espíritu nuestro, esas historias mágicas y monstruosas que nacen tan espontáneamente de nosotros...



LUCRECIO: Es cierto (y es extraño, en efecto) que no podemos conocer lo verdadero por el empleo de muchos artificios. ¡Nada menos natural!

TÍTIRO: He notado que no hay cosa en el mundo que no haya sido adornada de sueños, tenida por emblema, explicada por algún milagro, y esto a tal grado que la preocupación de conocer los orígenes y las primeras circunstancias es la más ingenuamente poderosa. Y es porque sin duda esta sentencia fue pronunciada por un filósofo cuyo nombre no sé: EN EL PRINCIPIO ERA LA FÁBULA.

LUCRECIO: ¿No soy yo mismo el que la ha dicho? Pero he dicho tantas cosas, que ésta es tan mía que no lo es...

TÍTIRO: ¡Eres tan rico!... Pero regreso a mi propósito, y por él a nuestro ÁRBOL... ¿Conoces la Maravillosa Historia del Árbol infinito?

LUCRECIO: No.

TÍTIRO: ¿Y del cedro cargado de amor, no sabes nada? ¿En la isla Xiphos?...

LUCRECIO: Ignoro todo del cedro y no sé nada de la isla.

TÍTIRO: ¿Y la más asombrosa?

LUCRECIO: Ignoro también la más asombrosa.

TÍTIRO: La más asombrosa historia de árboles es ciertamente la de esos dos manzanos gigantes cuyo fruto, de uno de ellos, ofrecía a quien mordía su pulpa fabulosa una vida eterna, en tanto que el fruto del otro producía, apenas saboreado, una extraña claridad en el espíritu del comensal: sentía invadirlo una vergüenza relacionada con las cosas del amor. Un enrojecimiento súbito envolvía todo su ser y resentía su desnudez como un crimen y una quemadura...

LUCRECIO: ¡Qué de extravagantes combinaciones tienes a la mano en tu memoria, Títiro!

TÍTIRO: Me gusta lo que me asombra y no retengo sino lo que podría, en un espíritu de sabio, excitar nada más que el olvido.

LUCRECIO: ¿Y ese árbol infinito?

TÍTIRO: Fue, en los tiempos primeros, cuando la tierra era virgen, y el hombre estaba por nacer, y todos los animales. La Planta era dueña y revestía todo el cuerpo del suelo. Hubiera podido permanecer como la sola y soberana forma de vida, ofreciendo al ojo de los dioses el esplendor variado de los colores de las estaciones. Inmóvil, por la naturaleza misma de cada uno de sus individuos, se desplazaba en forma de especies, ganando de lugar en

lugar extensión. Es por el número de sus gérmenes (que prodiga locamente a los vientos) que avanzaba y se ensanchaba a la manera de un incendio que devora todo lo que hay para devorar; y he ahí lo que harían aún, sin el hombre y sus trabajos, las hierbas y arbustos. Pero lo que nosotros vemos no es nada junto a lo que fue esta potencia de conquista por saltos de semillas aladas, en esa edad heroica del vigor vegetal. Ahora (escucha esto, Lucrecio), sucedió que uno de estos gérmenes, sea por la excelencia de la tierra donde cayó, o por el favor del sol sobre él, o por cualquier otra circunstancia, creció como ningún otro, y de hierba se hizo árbol, y este árbol, ¡prodigio! ¡Sí! Parece que en él una especie de pensamiento y voluntad se formó. Era el más grande y el más bello ser bajo el cielo,

cuando, al resultar evidente quizá que su vida de árbol no se sustentaba sino en su crecimiento y que él no vivía sino de engrandecerse, le vino una cierta insania de desmesura y arborescencia...

LUCRECIO: Porque este árbol era una clase de espíritu. El más alto espíritu no vive sino de crecimiento.

TÍTIRO: Como un atleta con las piernas separadas produce efecto sobre las columnas entre las que está colocado y las empuja no menos

energicamente con sus brazos henchidos de voluntad, este árbol se volvió el hogar del más potente empuje y la forma de fuerza más extensa que la vida hubo jamás producido, fuerza enorme, pero imperceptible a cada instante, capaz de levantar poco a poco una roca grande como una colina o derribar un muro de ciudadela. Se dice que al cabo de mil siglos cubría con su sombra toda la inmensa Asia...

LUCRECIO: ¡Qué imperio mortal debió ejercer esta sombra!

TÍTIRO: Sí, el Árbol soberano hacía la noche bajo sí. Ningún rayo de sol traspasaba su follaje, en el espesor en el que todos los vientos se extraviarían, y su frente sacudía las tempestades adversas como los bueyes macizos hacen con los vanos moscardones. Los ríos no existían más, tanto así distribuía savia lo mismo al cielo que a la tierra. En el azur erguida su soledad intensa, era el Árbol Dios.

LUCRECIO: Es una maravillosa aventura, Títiro.

TÍTIRO: Perdóname. He incluido este cuento inocente entre los discursos más profundos y más sabios que me ibas a referir, acerca de nuestro propósito.



LUCRECIO: No sé si pueda, mejor, contar una Fábula... Quisiera hablarte del sentimiento que tengo, a veces, de ser yo mismo Planta, una Planta que piensa pero que no distingue por sus potencias diversas la forma de sus fuerzas ni el sitio de su reposo. Fuerzas, formas, grandeza y volumen y duración no son sino un mismo río de existencia, un flujo cuyo licor expira en sólido muy duro, en tanto que el deseo oscuro del crecimiento se eleva, estalla y quiere volver a ser deseo bajo la especie innumerable y ligera de las simientes. Y me siento vivir la empresa inaudita del Tipo de la Planta, invadiendo el espacio, improvisando un sueño de ramaje, sumergiéndose en pleno fango y rodeándose de las sales de la tierra, mientras que en el aire libre abre por grados a las larguezas del cielo millares de labios verdes... Tanto como se hunde, tanto se eleva: encadena lo informe, ataca el vacío; lucha por cambiarlo todo en sí misma, ¡y esa es su idea!... Oh Títiro, me parece participar con todo mi ser en esta meditación potente, y actuante, y rigurosamente seguida en su designio, que me ordena la Planta...

TÍTIRO: ¿Dices que la Planta medita?

LUCRECIO: Digo que si alguien medita en el mundo, es la Planta.

TÍTIRO: ¿Medita?... ¿Será que el sentido de esta palabra me es oscuro?

LUCRECIO: No te inquiete eso. La falta de una sola palabra hace vivir mejor una frase: ella se abre más vasta y propone al espíritu un poco más de espíritu para colmar la laguna.

TÍTIRO: No soy tan fuerte... No sé concebir que una planta medite.

LUCRECIO: Pastor, lo que ves de un arbusto o de un árbol

no es sino lo de afuera, y lo que el instante ofrece al ojo indiferente que no hace otra cosa que rozar la superficie del mundo. Pero la planta presenta a los ojos espirituales no sólo un simple objeto de vista humilde y pasiva, sino una extraña resolución de trama universal.

TÍTIRO: ¡No soy sino un pastor, Lucrecio, compréndeme!

LUCRECIO: Meditar, ¿no es profundizar en el orden? Ve cómo el Árbol ciego con sus miembros divergentes crece alrededor de sí mismo según la Simetría. En él, la vida calcula, levanta una estructura, e irradia su número por ramas y botones, y en cada botón su hoja, en los puntos mismos marcados por el naciente futuro...

TÍTIRO: ¿Ay, cómo seguirte?

LUCRECIO: No temas, pero escucha: cuando te viene al alma una sombra de canción, un deseo de crear que te toma por la garganta, ¿no sientes tu voz henchirse hacia el sonido puro? ¿No sientes fundirse su vida y tu deseo hacia el sonido deseado donde la onda te levanta? ¡Ah! Títiro, una planta es un canto cuyo ritmo despliega una forma cierta, y en el espacio expone un misterio del tiempo. Cada día levanta un poco más alto la carga de sus ígneos troncos y

lanza por millares sus hojas al sol, cada una delirando en su puesto en el aire, según lo que le llega de brisa y que ella cree su inspiración singular y divina...

TÍTIRO: Pero tú mismo te has vuelto un árbol de palabras...

LUCRECIO: Sí... La meditación resplandeciente me embriaga... Y siento todas las palabras en mi alma temblar.

TÍTIRO: Te dejo en este estado admirable. Me es preciso ahora reunir a mi rebaño. Prepárate para el frescor de la tarde que llega tan rápido. *

